

# Invento argentino

Por JORGE GONZALEZ

La experiencia más alucinante que he vivido en lo que toca a exploración de cavernas fue en la región de Goiás, en el Mato Grosso brasileño. El estado linda con Bahía que se adivina muy a lo lejos debajo de la línea del horizonte. La invitación había surgido en consecuencia de la amistad que comenzamos a entablar con Max Haim durante los cursos de escalada en hielo en Bariloche. Lo que aquí tenemos en montaña, Brasil lo tiene en cuevas.

La tercera expedición que el grupo espeleológico del Club Alpino Paulista había llevado a cabo a Goiás, detectó una gran cascada que no pudieron superar. La integraron miembros de un club polaco de exploraciones espeleológicas, quienes lograron avanzar unos 2.500 metros en el interior de la gran caverna que llamaban São Vicente. La formación técnica que habíamos adquirido con Max en la escalada hizo presuponer la posibilidad de poder forzar esta cascada con cuerdas bien instaladas. Esta vez, probarían con los argentinos. La idea era apasionante y por eso invitamos a dos exploradores natos y de experiencia: Enrique Lipps, biólogo y buzo, y Roberto Ferrari, un técnico en radioisótopos que había estado en las principales cuevas de la Argentina.

Cuando el ómnibus partió para São Paulo, los tres vivíamos el entusiasmo que únicamente aparece bajo el llamado de la aventura. Llegados a nuestro destino nos recibió Max y nos participó de las primeras reuniones para coordinar los últimos detalles. Víveres, instrumental, equipo, todo estaba dispuesto. A decir verdad, los argentinos estábamos sobreexcitados por las características de esta expedición numerosa y, con franqueza, teníamos nuestras dudas acerca de los relatos de algunos que hacían alusión a las dimensiones de la São Vicente. La explicación —pensábamos— era la conocida exageración brasileña respecto de los tamaños. Nuestras cavernas, en general de no gran desarrollo y sin la presencia de corrientes de agua, no nos permitían imaginar salas gigantescas y un río subterráneo de fuerte caudal. Estábamos equivocados. No sólo el ambiente natural parecía salido de los relatos de Emilio Salgari sino que la São Vicente era de proporciones que jamás habíamos visto.

Nuestro equipamiento, adaptado a las características de las

cavernas locales y terrenos calizos, estaban pasados de moda. Sin embargo, en aquella condición en la que el grupo comenzó a unirse con fuerza, el intercambio de experiencia y conocimientos también iba a tener su lugar.

Las características de la cueva, con ese fantástico río que ingresa en su interior, plantean un gran problema al explorador: todo se moja, todo irremediablemente vive empapado y es preciso una solución. Nosotros la teníamos. Los equipos más delicados y las mudas de ropa para abrigarse en los campamentos interiores debían mantenerse secos para que cumplieran su función. Un pegamento mágico recién traído de los Estados Unidos por Roberto Ferrari mereció toda la admiración. Pero más llamativo aún era nuestro "invento": una cámara de tractor, cortada por la mitad y sellada con ese pegamento en los dos extremos, iba a permitirnos conservar todo nuestro equipo sin la más mínima gota de humedad. El traslado de la cámara, flotando sobre el agua, garantizaba un fácil transporte. Como siempre, la llamada "falta de medios" se compensaba con esa virtud innata de la improvisación.

La exploración se inició con el ingreso de la mitad de los miembros del grupo y una alarmante lentitud. Las dificultades eran duras.

El río tiene la fuerza propia de un torrente de montaña, las paredes son traicioneras, la instalación de escaleras para salvar pequeños saltos obliga a maniobras lentas y, por supuesto, la oscuridad agrega su efecto para crear un ambiente hostil a nuestra naturaleza y que requiere un enorme gasto de energías.

Las cuerdas debían instalarse con clavos de expansión sobre una roca durísima para asegurar el cruce del río y luchar contra la fuerza de la corriente. Una luz química indicaba la posición de Max que era arrastrado como una hoja por el río y que apagaba su lámpara de carburo.

Durante un descanso, comprobamos la efectividad del milagroso pegamento importado: no había forma de despegarlo. Si no cortábamos la goma con nuestras navajas, con lo que se perdía todo el sentido buscado, teníamos que transportar con enorme esfuerzo ese mastodonte cargado de equipo que, en realidad, tampoco flotaba. Paseamos la cámara por toda la caverna, como si arrastráramos un muerto y totalmente agotados. Eso sí, no se mojó absolutamente nada. **W**

